

Irene Cabrejos de Kossuth

**Señales del discurso orientalista
en el *Facundo* de Domingo
Faustino Sarmiento
(Orígenes de las políticas de
desarrollo hispanoamericanas)**

La denuncia hecha contra el llamado “orientalismo” entendido como la visión imperialista de Occidente sobre Oriente no viene de antiguo. El principal estudioso del fenómeno, Edward W. Said, publicó su tesis sobre el tema en 1990. Define con el nombre de ‘orientalismo’ una serie de fenómenos complejos que no relacionan el discurso sobre oriente con el Oriente, sino con la idea que se tiene de oriente, bajo el supuesto de que la cultura europea es superior. Dice Said:¹

1 Said, Edward W. *Orientalismo*. Madrid: Libertarias/Prodhufi, S.A., 1990.

Yo estudio el orientalismo como un intercambio dinámico entre los autores individuales y las grandes iniciativas políticas que generaron los tres grandes imperios —británico, francés y americano— en cuyo territorio intelectual e imaginario se produjeron los escritos. Lo que, como erudito, me interesa más, no es la gran realidad política, sino el detalle, del mismo modo que, lo que nos interesa en personas como Lane, Flaubert o Renan no es la verdad (para ellos, indiscutible) de que los occidentales son superiores a los orientales, sino el testimonio preparado y modulado que ofrecen los detalles de su obra dentro del enorme espacio abierto por esa verdad.² (p. 34)

Nuestro propósito consiste en mostrar los vínculos entre la visión orientalista de Sarmiento y su certeza de que Francia es el modelo de civilización, como una actitud en pro del colonialismo cultural europeo-francés. Pensamos, además, que en su polémica actitud de aliarse en armas con el ejército galo para combatir contra la Argentina de Rosas existe una aceptación de cierto tipo de colonialismo, económico, social, político, educacional, comercial, industrial y cultural, siempre y cuando este provenga del mayor centro de cultura en el mundo de acuerdo con la visión de Domingo Faustino Sarmiento, influenciada por la actitud de superioridad europea predominante en su época. Consideramos que este ensayo revisa desde la perspectiva de Said un tema que afectó las políticas de desarrollo latinoamericanas: la famosa tesis civilización versus barbarie, cuyas consecuencias vivimos hasta hoy y que en el siglo XXI adquiere características dramáticas con el imperialis-

2 Entre los autores literarios inscritos dentro del orientalismo, cita Said a Víctor Hugo y a Balzac, leídos por muchos de los románticos.

mo ostentoso de los Estados Unidos. Sin embargo, respecto de la lectura de *Facundo* desde este punto de vista, deseamos dejar claro que nuestro objetivo no es debatir si Sarmiento tiene la razón o no, sino mostrar las huellas del discurso orientalista en su ideología.

Una vez fracasados los intentos por establecer, luego de las guerras de independencia, un gobierno que trajera orden y progreso a la nación Argentina, y ante la reciente experiencia de la extirpada tiranía rosista, Alberdi³ y Sarmiento entablan una dura polémica ideológica que nos señalan sendas lecturas de la historia y realidad argentinas al tiempo que proponen nuevos modelos que podrían regir con éxito, según sus autores, la política del Estado. Nos concentraremos en las tesis del segundo. Como es bien conocido, el *Facundo* de Sarmiento nos ofrece los lineamientos fundamentales de la política propuesta por este para regir los destinos de su nación.

La oposición civilización versus barbarie queda superada en una síntesis final que se da históricamente determinada según lo demuestra nuestro autor en el capítulo XV de la obra: “Existían antes dos sociedades diversas, las CIUDADES y las campañas; echándose las campañas sobre las *ciudades* se han hecho ciudadanos los gauchos y simpatizando [sic] con la causa de las ciudades...” (356), entre otros pasajes. Independientemente de esto, creemos que existe subyacente en la famosa tesis de Domingo Faustino Sarmiento la oposición “oriente bárbaro e inferior vs. occidente civilizado y superior” que se desprende de todo el discurso orientalista, como lo entiende Said y lo demuestra con creces en su obra citada.

3 Ver, por ejemplo, Alberdi, Juan Bautista: “Facundo y su biógrafo” en *Alberdi y Sarmiento*. Buenos Aires: De Palma, 1964.

Es decir, la antinomia “civilización y barbarie”, que tan fecunda resultó en su momento para entender el ámbito sudamericano, podría provenir de las abundantes lecturas orientalistas de Sarmiento y de su empaparse en la cultura francesa —con afanes colonialistas en Egipto y Palestina en aquel tiempo—. No que el autor proponga una dominación política francesa, pero sí una de criollos afrancesados y en todos los ámbitos de la vida de la Argentina.

Con relación a esto, Said plantea que la aventura del conocimiento masivo de lo que Gran Bretaña y Francia llaman “oriente” (India y Egipto) desde fines del siglo XVII, responde a un afán de dominio respecto de estas regiones. De esta manera, conocer se convierte en una forma de dominar. Pero se trata de un conocimiento selectivo, de aquello que interesa al poder:

‘Los orientales’ de Balfour son las ‘razas sometidas’ de Cromer, sobre las que escribió un largo ensayo [...] en 1908. Una vez más, el conocimiento que Gran Bretaña tiene de las razas sometidas o de los orientales es lo que hace que su administración sea fácil y provechosa; el conocimiento da poder, un mayor poder requiere un mayor conocimiento, etc., en una dialéctica de información y control cada vez más beneficiosa (Said, E. W. Op. cit., p. 59).

Evelyn Baring, lord Cromer, fue el dueño de Egipto entre 1882 y 1907. Este escribe, en el ensayo citado arriba:⁴

4 Baring, Evelyn, lord Cromer. *Political and literary essays, 1908-1913*. Reimpresión. Freeport, Nueva York: Books for Libraries Press, 1969 (ápu. Said, 1990).

... es esencial que en cada caso particular se tomen las decisiones [respecto a la política y la economía de las regiones sometidas] (...) de acuerdo a [sic] lo que nosotros, según el conocimiento y la experiencia occidentales atemperados por algunas consideraciones locales, consideremos que es mejor para la raza sometida, sin pensar en las ventajas reales o supuestas que Inglaterra pueda obtener como nación (...) o en los intereses particulares representados por una o más clases influyentes de ingleses. Si la nación británica, en su conjunto, conserva el espíritu de este principio y exige que se aplique rigurosamente, (...) quizá podamos fomentar algún tipo de fidelidad cosmopolita fundamentada en el respeto que siempre se otorga a los talentos superiores y a las conductas desinteresadas y en la gratitud derivada de favores concedidos. Entonces, podemos esperar que el egipcio dude antes de confiar su destino a algún futuro Arabi (...). Incluso el salvaje centroafricano puede a fin de cuentas aprender a cantar un himno en honor de Astrea Reduz, representada por el oficial británico que le niega la ginebra, pero le da justicia. Y, además, ganará el comercio (Cromer, pp. 43, 53, 12-14, apud. Said, p. 60).

Con menos recato se plantean conceptos similares en el discurso “Los problemas a los que tenemos que enfrentarnos en Egipto” pronunciado por Arthur James Balfour ante la Cámara de los Comunes el 13 de junio de 1910, con el fin de alentar nuevas inversiones del imperio británico en las regiones dominadas:

¿Es beneficioso para estas grandes naciones (admito su grandiosidad) que ese gobierno absoluto lo ejerzamos nosotros? Creo que sí. Creo que la experiencia demuestra que con este gobierno ellos han conseguido el mejor gobierno de todos los que han tenido a lo largo de la historia del

mundo; lo cual no es sólo un beneficio para ellos, sino que, indudablemente, lo es para todo el Occidente civilizado. Estamos en Egipto, no simplemente por el bien de los egipcios, aunque estemos allí por su bien; estamos allí también por el bien de toda Europa (p. 55).

En aquellos momentos, todas las ciencias se ponen al servicio de la ideología dominante; de este modo, no solo la antropología, la política o la sociología manifiestan sus contenidos ideológicos a favor del imperio, sino las disciplinas aparentemente ‘asépticas’, como la filología, la filosofía e incluso artes como la literatura, sobre todo esta última, que crea para el imaginario colectivo —del cual participa sin cuestionar, Sarmiento— una imagen del oriente bárbaro y salvaje; fascinante pero indómito y arisco, difícil de dominar y entender a través de la razón occidental.

Dentro de la estructura del *Facundo*, los cuatro primeros capítulos siguen el modelo de dominación orientalista por medio del conocimiento. Sarmiento se presenta como un gran conocedor de la geografía, etnología, cultura, razas y tipos de cada una de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y asombra por su erudición al respecto.

Sin embargo, es clara su lectura “oriental” de la Argentina, tanto dentro de su discurso en general, como en pasajes como en este, donde pronostica el futuro de Rosas y lo nombra Esfinge argentino: “Un día vendrá, al fin, que lo resuelvan; y el Esfinge Argentino, mitad mujer por lo cobarde, mitad tigre por lo sanguinario, morirá a sus plantas, dando a la Tebas del Plata el rango elevado que le toca entre las naciones del Nuevo Mundo” (p. 39).

Nótese los términos ‘Esfinge’ en el sentido de ‘plaga poderosa’, pero, por otro lado, imagen emblemática de Egipto y

‘Tebas’, la ciudad de Cadmo, Layo y Edipo, sí, pero también y sobre todo la mítica ciudad superior oriental. Said enseña que el orientalismo, entre otras cosas, ha blanqueado Grecia y su mitología.⁵

Creemos que como tópico de modestia, Sarmiento lamenta no ser un Tocqueville que podría mostrar al mundo un “modo de ser que no tiene antecedentes bien marcados y conocidos” (p. 40) y que hubiera asignado, entre otros aspectos de la realidad argentina,

... su parte a la influencia de ideas opuestas que han trastornado el mundo político; su parte a la barbarie indígena, su parte a la civilización europea (...) habría podido aclarar un poco el problema de la España, esa rezagada a la Europa (...) separada del África bárbara por un angosto Estrecho, está balanceándose entre dos fuerzas opuestas (...) (pp. 40-41).

Sin embargo, Sarmiento demostrará a continuación todo aquello que lamenta no poder demostrar. Sin duda se trata, entonces, de un procedimiento retórico.

Como los orientalistas, Sarmiento ve “lo Otro” en lo que llama la “barbarie americana” en la pampa y costumbres gauchas, aquello que no es como la Europa que tanto admira, sobre todo, que no tiene las costumbres de “la Francia” que celebra con profusión y de la que se nutre. Dice Said que “occidente” (si es que esa realidad existe como tal) se ha conceptualizado con relación a lo que es “diferente de”, que ha necesitado crear esa antinomia para definir su propia identidad y jus-

5 Estas ideas se hallan expuestas en forma brillante por el historiador inglés Martin Bernal en su obra *Atenea negra* (1993) y otras.

tificar su dominio a nombre de la civilización. La dicotomía plantea que la alteridad es lo salvaje, lo irracional, lo desordenado, lo impulsivo, lo cruel, cuyas raíces están en la raza, mientras que “Nosotros” es lo civilizado, lo racional, el orden, el dominio de los instintos, la justicia, la superioridad de la raza blanca. “Nosotros” somos naturalmente superiores, conocemos a los otros mejor que ellos mismos, incapaces de conocerse, y, por lo tanto, necesitan que los ordenemos, que cambiemos su forma de pensar, que los dominemos.

Es interesante observar, sin embargo, cómo Sarmiento, bastante lúcido para los afanes imperialistas británicos, claramente demostrados en el combate de Vuelta de Obligado contra Inglaterra y Francia que siguió a las Guerras de Independencia argentina (¿justa retribución a la ayuda militar recibida, quizá?), se enceguezca ante los mismos anhelos franceses, hasta el punto de promover desde el exilio la alianza con ellos en armas y sin medir las consecuencias futuras de este pacto para la Argentina.

A propósito de la idea central subyacente al discurso orientalista entendido como el que se desprende de la miríada de textos franceses e ingleses en todas las disciplinas científicas humanas, en el arte en general y la literatura en particular, dice Said que, según Gramsci, se llama *hegemonía* la preponderancia de una forma cultural sobre otra, de tal manera que ejerce una dominación indirecta dentro del Estado. “Denis Hay ha llamado la idea de Europa una noción colectiva que nos define a ‘nosotros’ europeos contra todos ‘aquellos’ no europeos, y se puede decir que el componente principal de la cultura europea es precisamente aquel que contribuye a que dicha cultura sea hegemónica tanto dentro como fuera de Europa: la idea de una identidad europea superior a todos los pueblos y culturas no europeos” (p. 26). Añade Said:

Existe, además, la hegemonía de las ideas europeas sobre Oriente que reiteran la superioridad europea sobre un Oriente retrasado y normalmente anula la posibilidad de que un pensador más independiente o más o menos escéptico pueda tener diferentes puntos de vista en la materia (p. 26).

Sarmiento defiende sin discusión en su libro *Facundo* la hegemonía cultural europea en general y francesa en particular. Por otro lado, al comparar frecuentemente la Pampa y sus actores con escenarios y personajes conocidos a través del estudio y las artes de tendencia orientalista en el siglo XIX, establece implícita y explícitamente la comparación: ‘pampa bárbara’ semejante a desierto oriental y sus habitantes, muy clara en el siguiente pasaje:

Esta extensión de las llanuras imprime por otra parte a la vida del interior cierta tintura asiática que no deja de ser bien pronunciada. Muchas veces al ver salir la luna tranquila y resplandeciente por entre las yerbas de la tierra, la he saludado maquinalmente con estas palabras de Volney en su descripción de las Ruinas: ‘*La pleine lune a l’Orient s’élevait sur un fond bleautre aux plaines Rives de l’Euphrate*’. Y, en efecto, hay algo en las soledades argentinas que trae a la memoria las soledades asiáticas; alguna analogía encuentra el espíritu entre la pampa y las llanuras que median entre el Tigris y el Éufrates; algún parentesco en la tropa de carretas solitaria que cruza nuestras soledades para llegar, al fin de una marcha de meses, a Buenos Aires y la caravana de camellos que se dirige hacia Bagdad o Esmirna (p. 62).

El discurso de Sarmiento es especialmente significativo por cuanto, si bien viajó por diversos lugares del mundo y es-

cribe experiencias vividas en Argel (*Viajes* [1849] y *Recuerdos de provincia* [1850]), no se conoce que haya estado en los desiertos del Asia. Es decir, hasta donde tenemos noticia, sus conocimientos del oriente son esencialmente librescos (obsérvese la mención al libro de Volney), lo cual no va en desmedro de este tipo de acceso al saber, sino que es un elemento a favor de nuestra hipótesis según la cual Sarmiento delinea la nueva política para la república argentina sobre la base de un análisis y estudio profundos de textos orientalistas. O, dicho de mejor manera, lee la Argentina bajo la mediación del discurso orientalista.

En cuanto a los personajes que pueblan la Pampa, llamada indistintamente por Sarmiento los ‘llanos’ o el ‘desierto’, compara explícitamente al capataz o caudillo con el jefe de caravana asiático: “Nuestras carretas viajeras son una especie de escuadra del desierto (p. 62) (...) de pequeños bajeles, cuya gente tiene costumbres, idioma y vestido peculiares que la distinguen de los otros habitantes (...) necesita (el capataz o caudillo) para este destino una voluntad de hierro, un carácter arrojado hasta la temeridad, para contener la audacia y turbulencia de los filibusteros de tierra que ha de dominar él solo en el desamparo” (p. 63).

Es interesante notar cómo en las palabras de Sarmiento subrayadas por nosotros, se hace mención explícita a lo otro, aquello que no es como los argentinos europeizantes consideran lo legítimo y superior, lo mejor para la nación que nace. Se manifiesta aquí, entonces, parte de la tesis de Said mencionada más arriba acerca de “lo Otro”, en relación con lo cual el ‘nosotros’ se define.

Esta imagen heroica y romántica del jefe del desierto se convierte en emblema de la barbarie argentina cuando de los actos de Facundo Quiroga y otros caudillos trata Sarmiento.

Ante actos y costumbres salvajes, dice Sarmiento que se establece un sistema brutal y represivo. El caudillo "... salta del caballo con el formidable cuchillo en mano y reivindica bien pronto su autoridad (...) el que muere en estas ejecuciones del capataz no deja derecho a ningún reclamo, considerándose [sic] legítima la autoridad que lo ha asesinado" (p. 62). Es decir, no existen instituciones legales en el desierto argentino como no existen en los desiertos asiáticos; la ley es la del más fuerte, encargado de imponer el orden por la fuerza de su brazo. Pero ¿quién controla al caudillo? Las leyes de la ciudad, único centro de civilización para Sarmiento, no llegan hasta la pampa. El político y escritor sanjuanino continúa con su símil:

Así es como en la vida Argentina empieza a establecerse por estas peculiaridades el predominio de la fuerza bruta, la preponderancia del más fuerte, la autoridad sin límites y sin responsabilidad de los que mandan, la justicia administrada sin formas y sin debate. La tropa de carretas lleva, además, armamento un fusil o dos por carreta, y a veces (...) Si los bárbaros [aquí los identifica con los indios, en otros momentos, con los gauchos] la asaltan, forma un círculo atando una carreta con otra, y casi siempre resisten victoriosamente a [sic] la codicia de los salvajes ávidos de sangre y de pillaje. La árrea [sic] de mulas cae con frecuencia en manos de estos beduinos americanos y rara vez los troperos escapan de ser degollados. En estos largos viajes, el proletario argentino adquiere el hábito de vivir lejos de la sociedad y a luchar individualmente con la naturaleza, endurecido en las privaciones, y sin contar con otros recursos que su capacidad y maña personal para precaverse de todos los riesgos que le cercan de continuo (p. 62).

No discutimos las razones de Sarmiento, sino que sostenemos que las señales de orientalismo presentes en su discurso influyeron decisivamente en su proyecto nacional argenti-

no luego de la caída de Rosas y tal vez sea el motivo indirecto o directo de la sensata denuncia que Hernández hará luego en el *Martín Fierro* contra el maltrato y la mala consideración contra los gauchos. En Hernández se ve una voluntad de comprensión de la otra cultura, destacando sus cualidades y considerándola como parte integrante de la nación argentina, no pretende cambiarlos y europeizarlos como parece deducirse de ciertas partes del discurso de Sarmiento. Al mismo tiempo, revela cuán dañina fue esta exaltación de lo extranjero (los “gringos” de su poema), para la comunidad gaucha.

Es importante notar que Sarmiento, con su persuasivo discurso no necesariamente literario, presenta los hechos como si fueran la verdad y toda la verdad. En el fondo simplifica una realidad compleja —la del gaucho— al convertirla en símbolo de la barbarie. Hernández presenta su obra como abiertamente literaria —en la época, considerada solo ficción y, por lo tanto, no sujeta a los criterios de verdad o mentira—, y señala explícitamente que posee algún contenido idealizador en el prólogo a su segunda parte. Lo de Sarmiento es una verdadera lucha con las palabras que logra transformar la sociedad, sobre todo cuando sube al poder.

Esto es especialmente interesante para los miembros de los países ‘andinos’, donde “lo Otro” es la cultura inca y preíncica y sus derivaciones hasta hoy, de profundísima raigambre histórica y social. Sería importante considerar los aspectos señalados por Said para cuestionar saludablemente lo que se nos ofrezca como ‘la verdadera mentalidad andina’.⁶

6 Idea vertida por el profesor Eduardo Hopkins en su curso Teoría Crítica, de la Escuela de Graduados de la Pontificia Universidad Católica del Perú (2003-I).

En sus primeras descripciones del carácter y hechos de Facundo Quiroga, el autor lo compara también con personajes orientales, esta vez islámicos, como con el Alí-Bajá en la pintura de Monvoisin (131), "... no miraba nunca de frente, y, por hábito, por arte, por deseo de hacerse siempre temible, tenía de ordinario la cabeza inclinada, y miraba por entre las cejas, como el Ali-Bajá de Monvoisin" (p. 131). Admira su capacidad de liderazgo y su coraje, los que compara con los de Napoleón, salvo por una diferencia que deja traslucir su dicotomía civilización versus barbarie: mientras que el general corso pudo encaminar sus inclinaciones naturales de líder debido a que se encontraba al frente de la civilización representada en Francia y Europa y con ello alcanzar la gloria y, sobre todo, el dominio de Egipto; Facundo no merece tan alto reconocimiento por haber estado conducido por las fuerzas de la barbarie. Pero qué de milagros habría hecho una buena educación con él, dirá luego Sarmiento:

Quiroga poseía esas cualidades naturales que hicieron del estudiante de Brienne el Genio de la Francia, y del mame-luco oscuro que se batía con los franceses en las Pirámides, el Virrey de Egipto. La sociedad en que nacen da a estos caracteres la manera especial de manifestarse: sublimes, clásicos, por decirlo así, van al frente de la humanidad civilizada en unas partes; terribles, sanguinarios y malvados son en otras su mancha, su oprobio.⁷ Facundo Quiroga fue hijo de un sanjuanino de humilde condición, pero que avecindado en los Llanos de La Rioja había adquirido en el pastoreo una regular fortuna (pp. 131-132).

7 Que es el caso de Facundo, quien sin embargo, según Sarmiento, tenía las dotes para ser un Napoleón.

Nótese cómo Facundo pertenece al segundo grupo mencionado por Sarmiento, el de “los terribles, sanguinarios y malvados...”, ya que no se educó en la civilización europea y francesa, sino en los llanos de la Rioja.

El discurso de Sarmiento, entonces, ofrece una lectura de argentina influenciada por la dominación francesa en el oriente. De esta manera logra dotar a aquella de la identidad necesaria para construir el concepto de ‘nación’, fundamental para el desarrollo de cualquier proyecto político de peso. Los ejemplos abundan, como cuando se refiere a la vida pastoril del campo argentino y el nomadismo de sus habitantes:

Ya la vida pastoril nos vuelve impensadamente a traer a la imaginación el recuerdo de Asia, cuyas llanuras nos imaginamos siempre cubiertas aquí y allá de las tiendas del kalmuko, del cosaco o del árabe. La vida primitiva de los pueblos, la vida eminentemente bárbara y estacionaria, la vida de Abraham, aunque modificada por la civilización de un modo extraño. La tribu árabe, que vaga por las soledades asiáticas, vive reunida bajo el mando de un anciano de la tribu o un jefe guerrero (p. 67).

Sin embargo, continúa Sarmiento, a pesar de reconocer una sociedad en estas tribus que sustentan leyes y un orden propio, afirma enfáticamente que “... el progreso está sofocado, porque no puede haber progreso sin la posesión permanente del suelo, sin la ciudad, que es la que desenvuelve la capacidad industrial del hombre, y le permite extender sus adquisiciones” (68). Nos preguntamos, ¿caso no hay aquí una especie de dogma que deja la vida y costumbres gauchas entre la espada y la pared? ¿No hay aquí una persuasión poderosa que en el fondo solo tiene como salida la destrucción de una cultura menor?

Dejamos aparte citas y me centro en las páginas 77 y 78, donde Sarmiento postula claramente lo que se había venido vislumbrando: la analogía entre lo oriental y lo bárbaro argentino representado por la pampa, sus pobladores y su emblema: Facundo Quiroga (¿quién podría discutir que Quiroga se porta como un tirano cruel y sin ley? ¿Pero es acaso representante de todos los gauchos como la tesis central del libro hace suponer?).

Si el oriente y la pampa argentina con toda la cultura que conllevan leídos bajo el lente del orientalismo son similares, entonces, podemos suponer que el modelo francés de dominación está presente en las ideas de Sarmiento como algo necesario: o se convierten en habitantes de las ciudades vestidos de levita y paletó, o se ven condenados, en nombre del progreso, a desaparecer. Presento el pasaje en cuestión:

En fin, mil otros accidentes que omito, prueban la verdad de que modificaciones análogas del suelo traen análogas costumbres, recursos y expedientes [evidente influencia de las ideas del determinismo]. No es otra la razón de hallar en Fenimore Cooper descripciones de usos y costumbres que parecen plagiadas de la Pampa: así, hallamos en los hábitos pastoriles de la América, reproducidos hasta los trajes, el semblante grave y hospitalidad árabes.

Existe, pues, un fondo de poesía que nace de los accidentes naturales del país y de las costumbres excepcionales que engendra (pp. 77-78).

Ya en la página 89 presenta al gaucho malo como el equivalente a la imagen literaria del 'héroe del desierto' presentada en el libro de Fenimore Cooper: "Es el *Ojo de Halcón*, el

Trampero de Cooper,⁸ con toda su ciencia del desierto, con toda su aversión a las poblaciones de los blancos, pero sin su moral natural, y sin sus conexiones con los salvajes”. Luego, es muy interesante mostrar la visión orientalista de Mahoma tal como aparece en la *Divina Comedia*, como el que produjo el más grande cisma religioso hasta la época de Dante. Sarmiento compara al caudillo argentino con un ‘Mahoma’ y defiende, en nuestra opinión, la devastadora política de aliarse con el enemigo peligroso sin que se piense en los futuros daños que este otorgamiento de poder causará:

El caudillo argentino es un Mahoma que pudiera a su antojo cambiar la religión dominante y forjar una nueva. Tiene todos los poderes: su injusticia es una desgracia para su víctima, pero no un abuso de su parte, porque él puede ser injusto; más todavía, él ha de ser injusto necesariamente, siempre lo ha sido (p. 102).

... pero como la ciudad es débil en el campo, sin influencia, y sin adictos, el Gobierno echa mano de los hombres que más temor le inspiran para encomendarles este empleo, a fin de tenerlos en su obediencia; manera muy conocida de proceder de todos los Gobiernos débiles, y que alejan el mal del momento presente, para que se produzca más tarde en dimensiones colosales. Así, (...) el Sultán concedía a Mehemet Alí investidura de Bajá de Egipto, para tener que reconocerlo más tarde Rey hereditario (...). Es singular que todos los caudillos de la revolución argentina han sido Comandantes de Campaña... (pp. 102-103).

8 Fenimore Cooper, escritor norteamericano (1789-1851), autor de novelas de aventuras, notables por la reconstrucción de las costumbres de los indios: *El último móbicano*, entre otras obras (*Diccionario Larousse*, edición de 1983).

Son abundantes los paralelismos entre el oriente bárbaro y el desierto argentino. Nos limitaremos a señalar algunos otros: el epígrafe de Víctor Hugo que encabeza el capítulo IV: “Cuando la batalla empieza, el tártaro da un grito terrible, llega, desaparece y vuelve como el rayo”; respecto de Argelia, que aunque africana, también islámica, dice:

Las hordas beduinas que hoy importunan con su algaraza y depredaciones la frontera de la Argelia, dan una idea exacta de la montonera argentina, de que se han servido hombres sagaces o malvados insignes. La misma lucha de civilización y barbarie de la ciudad y el desierto, existe hoy en África, los mismos personajes, el mismo espíritu, la misma estrategia indisciplinada, entre la horda y la montonera... (p. 111).

Respecto de quiénes representan la civilización superior y constituyen el ‘nosotros’ con el cual se identifica Sarmiento, no cabe duda de que se trata de Europa en general y Francia en particular. Sin embargo, deseo resaltar estos pasajes donde es indudable la postura ‘orientalista’ en el sentido en que la estudia Said. En primer lugar, Sarmiento está en defensa de lo que llama ‘alianza civilizada con Francia’, frase que viene inmediatamente después de su apología a la alianza con el ejército francés: “Así, pues, diré en despecho de quien quiera que sea, que la gloria de haber comprendido que había alianza íntima entre los enemigos de Rosas y los poderes civilizados de Europa, nos perteneció toda entera a nosotros” (p. 348). Nótese el eufemismo, utiliza el término ‘poderes civilizados’ y no ‘poderes armados’, que es de lo que en realidad se trataba. Lo cierto es que con Rosas hubiesen caído, de haber prosperado el proyecto, cientos de miles de argentinos, sin contar con las desgracias y la pobreza que toda guerra trae aparejada. Por

otro lado, cierra los ojos al hecho de que los intereses de Francia no son tan idealistas como los del grupo de Sarmiento parece creer.

En muchos pasajes anteriores en el libro, Europa se yergue para Sarmiento como emblema de la civilización, lo admirado y lo deseable. En su descripción y elogio de los unitarios, sus modales, su modo de vestir, sus convicciones e ideales, de la europeización de Buenos Aires, culmina:

... lo que más los distingue (...) son sus modales finos, su política ceremoniosa, y sus ademanes pomposamente cultos. En los estrados no tiene rival, y no obstante que ya están desmontados por la edad, son más galanes, más bulliciosos y alegres que sus hijos. Hoy día las formas se descuidan entre nosotros a medida que el movimiento democrático se hace más pronunciado, y no es fácil darse idea de la cultura y refinamiento de la sociedad en Buenos Aires hasta 1828. Todos los europeos que arribaban creían hallarse en Europa, en los salones de París; nada faltaba, ni aun la petulancia francesa, que se dejaba notar entonces en el elegante de Buenos Aires (p. 180).

Como vemos, es una exaltación, no solo de la civilización francesa, sino de las formas importadas, vistas superiores a cualquier otra forma local, por bondadosa que ella sea. Es decir, incluso a pesar de que los adjetivos “pomposo” y “culto” puedan tener un matiz irónico, la conclusión general que se extrae de este pasaje es que “lo argentino” debe afrancesarse para ubicarse en el nivel de sus superiores, la cultura local asimilarse o desaparecer.

Para concluir, no negamos la realidad del salvajismo de Facundo ni la de Rosas. Solo deseamos someter a consideración del lector el aspecto sesgado que tiene la selección de los hechos bárbaros que presenta Sarmiento con el fin de apoyar

su tesis de civilización frente a barbarie, al tiempo que postula la absoluta necesidad de conseguir la ansiada civilización, siguiendo los únicos modelos dignos de imitarse: los europeos, sobre todo, los franceses.⁹

Asimismo, señalar que dicha visión oblicua tiene su origen en el discurso orientalista francés y británico que era el estudio y la lectura obligada de los intelectuales de aquel entonces. Por último, que la tesis de Said debe considerarse seriamente en todos los discursos que sobre el mundo andino se escriben, especialmente ante los fenómenos de globalización de nuestro siglo.

9 Pensamos también que su desprecio por España le hace desvalorizar su lengua, como se ve por la escasa preocupación en el uso de galicismos y formas sintácticas importadas. Debemos anotar, sin embargo, que el barbarismo (galicismo sobre todo) y el casticismo-purismo son también parte de la controversia lingüística de la época, no sólo en América (Bello frente a Sarmiento) sino en España (Larra). Personalmente, estoy más cerca de la postura de los “modernos”: el pueblo, y no la academia, hace la lengua, y la incorporación de palabras de otras lenguas es constante e inevitable. Sin embargo, para un padre de la literatura nacional argentina, me parece no sólo inconveniente, sino muy significativo. He observado en Hernández, en su prólogo a la segunda parte, una despreocupación algo similar por lo que llama ‘la academia’. Si bien su actitud tiene un sentido loable dentro del texto del *Martín Fierro*, no lo es tanto cuando habla a nombre propio y tampoco deja de ser motivo de cuestionamiento para el llamado autor del Quijote argentino.

Bibliografía

- Aguiar e Silva, Vitor Manuel de
1972 *Teoría de la literatura*. Madrid: Gredos.
- Alberdi, Juan Bautista
1964 “Facundo y su biógrafo”, en *Alberdi y Sarmiento*. Buenos Aires: De Palma.
- Area, Lelia
1995 “El *Facundo* de Sarmiento o las políticas del paisaje”. *Estudios Revista de Investigaciones Literarias*. Año 3, núm. 5.
- Baring, Evelyn
1969 Lord Cromer. *Political and literary essays, 1908- 1913*. Reimpresión: Freeport, Nueva York: Books for Libraries Press.
- Bernal, Martin
1993 *Atenea Negra: Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*. Barcelona: Crítica.
- Fernández de Yáclubsohn-Pagliai
1972 *Esquemas de literatura española*. Buenos Aires: Kapelusz.
- Franco, Jean
1970 *Introducción a la literatura hispanoamericana*. Caracas: Monte Ávila.

- Garrels, Elizabeth
1997 “Sobre indios, afroamericanos y los racismos de Sarmiento”. *Revista Iberoamericana* 1, XII: 178-179, pp. 99-113.
- González Porto-Bompiani
1987 *Gran historia universal*. Vol XII. Madrid: Nájera.
- 1984 *Historia universal de la literatura: Hispanoamérica, el nacimiento de un mundo*. Bogotá: Oveja Negra.
- 1959 *Diccionario literario*. Tomo I. Barcelona: Montaner y Simón S.A.
- Hernández, José
2002 *Martín Fierro*. Madrid: Alba.
- Matamoro, Blas
1996 “Sarmiento y Chateaubriand: Astillas del mismo padre”. *Anales de literatura hispanoamericana*. Madrid: Universidad Complutense, Servicio de Publicaciones.
- Oviedo, José Miguel
1995 *Historia de la literatura hispanoamericana*. Madrid: Alianza Universidad.
- Said, Edward W.
1990 *Orientalismo*. Madrid: Libertarias/Prodhufi, S.A.

- Sarmiento, Domingo F.
1993 *Facundo*. Madrid: Cátedra.
- 1981 *Viajes*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- 1967 *Recuerdos de provincia*. Barcelona: Ramón Sopena.
- Shaw, Donald
1981 *La novela hispanoamericana*. Madrid: Cátedra.
- Veiravé, Alfredo
1973 *Literatura hispanoamericana*. Buenos Aires: Kapelusz.
- Zárate, Armando
1978 "El *Facundo*: Un héroe como su mito". *Revista Iberoamericana* 104 (julio- diciembre).